

El lugar de las apariciones

Un secreto

Escucha este secreto
que murmura en sus páginas
un viejo poeta persa:
Era el primer amanecer del mundo,
la luz rosa de un sol aún no nacido
acariciaba árboles ingrátidos,
la fresca música del agua,
leones que jugaban con gacelas;
era el primer día del paraíso
y Dios se gozaba con su obra,
pero ya entonces el hombre,
perpetua criatura insatisfecha,
niño al que habían despertado
bruscamente de la placidez del sueño,
desdeñaba el multicolor juguete
de los insectos y las constelaciones,
anhelaba la noche que aún no conocía,
anhelaba el regreso a su tranquila patria
de la que un déspota aburrido
le había arrancado sin pedir permiso,
sólo para su gloria,
sólo para mejor pasar
el gris desierto de su eternidad;
era un mundo perfecto, sin amor y sin muerte,
y ya entonces Adán, el primer hombre,
fábrica de dolor,

pregunta sin respuesta,
anhelaba volver a su patria, la nada.

Cinco poemas de Robert Herrick (1591-1674)

I

Cada día que pasa más te alejas
de mí, y yo no intento remediarlo.
Que tu amor se acabe antes que mi vida.
¿Cómo podría yo morir en paz
sabiendo que te dejo inconsolable?
Amor mío, amor mío, no vuelvas la cabeza,
sigue por tu camino de juventud y rosas.
Olvida pronto lo que me has querido.
Si tú no lloras, no lloraré yo
al entrar en el reino de las sombras.

II

No te dejo sola ni un instante
y me muero de celos, amor mío.
¿A quién sonríes cuando estás dormida?

III

¿Sólo porque no ando todo el día
diciendo que te amo
dices que no te amo?
Son silenciosas las aguas profundas,
es muy ruidoso un tonel vacío,
más se queja el que menos sufre,
ridículo es el llanto verdadero,
pero conmueve el falso del actor.
No me reproches el que nada diga:
el mucho amor me ha vuelto mudo.

IV

El deseo violento pronto cansa.
 Despacio se va lejos, amor mío.
 A que me ames mucho poco tiempo,
 prefiero que me quieras sólo un poco,
 pero nunca te canses de quererme.

V

No me desdeñes porque me veas viejo:
 sé muchas cosas que tu amigo ignora.
 Cuando él se duerma, tú vente conmigo:
 déjame terminar lo que él sólo comienza.

Y si sospecha, cálmalo con besos
 o invítale también a nuestra mesa.
 La trinidad es santa, no lo olvides.
 Y tú disfruta con su ardor y el mío
 y los dos disfrutemos con el suyo.

Un trato

For every hour that thou wilt spare me now...

John Donne

Por cada hora que de mí ahora te olvides
 cien horas te daré cuando sea viejo.
 Quiero viajar, reír, abrir un libro o una carta
 sin sentir que alguien pone sal en las heridas
 o mis ojos ensucia con lágrimas sin causa.
 Es medianoche: déjame que beba
 junto a gratos amigos antes del fresco sueño.
 Cada mañana un dios vuelve a crear el mundo,
 déjame que disfrute de sus verdes intactos,
 del pacífico azul, del temblor de las calles,
 de los trenes que parten hacia cualquier lugar.
 Cuando alargue mi mano
 hasta el cálido fruto que se niega y se entrega,
 déjame que lo beba como un vaso de agua
 que se bebe y se olvida,
 no lo envenenes con tus turbias heces.

Cien horas te daré, o más si lo deseas,
en esa edad en que no eres bien venido,
por una en la que ahora me abandones.
Es un buen trato: si buscas humillarme,
¿qué mayor humillación
que hacerme desfallecer por una atolondrada bestezuela
(que tú conviertes en Rey del Universo)
cuando yo sólo pueda inspirar asco o lástima?
Déjame en paz, amor, mátame entonces
de amor, de fiebre y de deseo,
cuando vivir no valga ya la pena.

Alice

Este breve crepúsculo de otoño
dura ya lo que dura mi vida.
Pronto será de noche. ¿Importa eso?
Toda la luz del mundo está conmigo.
En la casa sin luz oigo tus pasos,
oiré mi nombre pronto una vez más.
En la casa vacía eres lo único vivo.
Si cierro los ojos, cruzarás la puerta
y sentiré tus labios en los míos.
Treinta años sola en esta casa sola
y aún no sé lo que es la soledad.
¿Recuerdas aquel día en que guardaste
apresuradamente en tu maleta
el viento, el sol, el mar y la alegría,
y te fuiste sin decirme adiós?
¡Con cuánta pena me miraban todos!
¡Cómo callaban al sentirme cerca!
No quise ver a nadie desde entonces.
No dejé que ninguno adivinara
que tú te ibas para no irte nunca.

Extraños en un tren

En el chirriante adiós de los andenes
la vi a ella contener las lágrimas
a ti negarle un gesto de perdón.

Luego viajamos muchas horas juntos,
cada uno en su noche, sin mirarnos.
Yo te sentía respirar perdido
en no sé qué remotos laberintos,
tu duro rostro ajeno a mí y al mundo.
Soñé que alargaba mi mano hasta la tuya
en medio de un incendio o del infierno
y al sacarte del fuego
me abrasaba contigo.
Una mujer reía, otra mujer lloraba,
el tren entraba lento en Austerlitz.
Con tu maleta y tu dolor a cuestas
pronto te tragaría la ciudad.
«Adiós, adiós», y hacia mí volviste
un rostro extrañamente desvalido.
¿Me pedías ayuda lo mismo que en el sueño
o era también ahora sólo un sueño?
Antes de separarnos para siempre
me miraste un instante
y mis ojos leyeron en los tuyos
todo lo que en la noche habías callado.
«Que seas feliz, amigo», pensé entonces,
con miedo de perder lo poco que tenía,
y volví la cabeza para ocultar las lágrimas.
Cada uno en su noche hasta el fin del mundo.
Cada uno en su isla por toda la eternidad.

Lo imposible

Por odio de lo fácil detesto la aventura.
¿Qué mayor aventura que abrir una ventana,
mirar pasar las nubes mientras pasa la tarde,
acariciar tu pelo, acostarse temprano,
escuchar una voz que canta en otro siglo?
Por odio de lo fácil. Déjame que sonría
ante tantos que anhelan lo que jamás les falta.
No se pisa dos veces en el mismo lugar.
Nadie abraza dos veces a la misma persona.
No se detiene nunca la nave que nos lleva,
Incansable da vueltas en su viaje estelar.

Mírame: ya soy otro. Y te sigo queriendo
a ti que ya no eres quien ayer sonreía.
Cuatro estaciones tiene el tren en que viajamos
y en ninguna nos dejan detenernos.
Por odio de lo fácil detesto la aventura.
¿Qué mayor aventura que mirarte a los ojos
y ver en ellos juntas mi dicha y una lágrima?
¿Qué mayor aventura que no saber siquiera
si el día de mañana seguiremos con vida?
Aspiro a lo imposible: a la monotonía.

José Luis García Martín

